

HISTORIA DE LA PALABRA GACHUPÍN

Antonio ALATORRE

El Colegio de México y El Colegio Nacional.

VARIAS de las muchas especulaciones que conozco acerca de la palabra *gachupín* mencionan el texto de Jorge de Montemayor que en seguida voy a comentar, pero en ninguna se dice lo que para mí¹ es obvio: que *gachupín* es palabra introducida en el léxico de nuestra lengua precisamente por él, Montemayor. Desde 1559 —fecha casi segura de la primera edición de la *Diana*— ha sido voz de uso continuo en América y en España, y de manera tan especial en México, que bien puede pasar por mexicanismo “típico”.

I. Los primeros tiempos

El texto de Montemayor se lee en aquel pasaje de la *Diana* en que Felismena les cuenta a los demás pastores su dolorosa historia. En pos de su adorado y olvidadizo don Felis, Felismena abandonó su mundo pastoril y, disfrazada de varón y haciéndose llamar Valerio, se trasladó a la corte. Lo primero que hace allí es trabar conversación con Fabio, criado o paje de don Felis. Al oír que su patria es Vandalia (Andalucía), Fabio le dice: “Pues dessa manera todos somos de una tierra, y aun podríamos ser de una casa si vos

¹ Como puede verse en *Los 1,001 años de la lengua española*, México, 1989, p. 227, nota.

quisiéssedes, porque don Felis mi señor me mandó que le buscasse un page". Propuesta atractiva: si "Valerio" acepta ser paje de don Felis, se encontrará entre paisanos: "todos de una tierra", andaluces los tres. Y, como la respuesta se hace esperar (Felismena estará, naturalmente, aturdida por la inesperada y maravillosa oportunidad que se le brinda de vivir a la sombra de su amado), Fabio refuerza la invitación con razones menos espirituales pero —según él— tan poderosas, que no aceptarla sería una tontería. Se abre, pues, de capa. Él ha estado al servicio de don Felis algún tiempo, ¡y vaya si conoce! lo que es la buena vida de un paje en la corte!

Por eso, si vos queréis servirle, vedlo, que comer y beber y vestir y quatro reales para jugar no os faltarán; pues moças como unas reynas aylas en nuestra calle, y vos, que sois gentil hombre, no avría ninguna que no se pierda por vos; y aun sé yo una criada de un canónigo viejo, harto bonita, que para que fuésemos los dos bien proveídos de pañizuelos y torreznos y vino de San Martín, no avría des menester más que de servirla.

No sin reírse al ver "quán naturales palabras de page" eran ésas, "Valerio" acepta, y Fabio lo felicita por su cuerda decisión:

...os prometo a fe de hijodalgo —porque lo soy, que mi padre es de los Cachopines de Laredo—, que tiene don Felis, mi señor, de las mejores condiciones que avéis visto en vuestra vida, y que nos haze el mejor tratamiento que nadie haze a sus pages.²

¡Qué lejos estamos aquí de prados y arroyos, de ovejas y pastores, de ternezas y discursos amorosos! ¡Qué lejos de la poesía que esmalta el resto de la *Diana*! Extraño pasaje, más de novela picaresca que de novela pastoril. Además, "gratuito": ni la descripción de la vida de los pajes ni la baladronada de Fabio ("Yo valgo mucho, pues descendiendo en línea recta de los Cachopines de Laredo") tienen nada que ver con lo que luego sucede. (Felismena pudo haber dicho algo tan simple como "Díjome Fabio que don Felis andaba buscando paje, y entonces, viendo el cielo abierto, entré a servirle", y su historia no habría perdido nada.)

Esta extrañeza y esta "gratuidad" necesitan explicación. Y creo que no es difícil encontrarla. Hay que recordar que Montemayor

² JORGE DE MONTEMAYOR, *Los siete libros de la Diana*, ed. F. López Estrada, Clás. Cast., Madrid, 1962, pp. 113-114.

vivió muchos años en la corte, al servicio de grandes personajes, de manera que conocía muy bien el mundillo de los pajes.³ Era hombre discreto, de espíritu refinado —aristocrático en verdad—, y es natural que haya sentido gran aversión por ese vivir rastrero y sin ideales. Lo único que contaba para Felismena era recobrar el amor de don Felis. Nada más discordante con este alto ideal que el craso materialismo de Fabio: el vino, los naipes, el burdel "en nuestra calle" (¡a un paso!) y la criada del canónigo. A lo cual hay que añadir otra cosa. Montemayor era cristiano nuevo,⁴ y todo el mundo sabe lo que fue la vida de los cristianos nuevos en la España del siglo XVI (y aun del XVII): postergados, humillados, befados constantemente, y a menudo por gente vil que se daba humos de hidalguía con sólo declarar que su linaje era de la zona cantábrica, zona no contaminada por la "mala raza" de moros y judíos. Buen psicólogo,⁵ Montemayor sabía muy bien lo que era esa alianza de brutalidad y arrogancia, y la puso al descubierto en su viñeta satírica, tan breve como eficaz.

Ahora bien, el linaje de los Cachopines existía realmente en tiempos de Montemayor. Existía aún en 1626, cuando la Real Chancillería de Valladolid se ocupó de un pleito de hidalguía entablado por un tal Sebastián Cachopín, vecino de la villa de Laredo, que, diciéndose "rebisnieto de Rodrigo Cachopín... [y] cuarto nieto de Ruy González Cachopín", señores de "la Cassa Cachopina", alegaba que los Cachopines "siempre se preciaron... de descendientes por la dicha línea de varón"; que "la dicha Cassa de Cachopín... ha sido y fue siempre una de las cassas más principales y calificadas que ay en las dichas montañas, y de notorios cavalleros hijodalgo... y ha tenido los escudos de sus armas en la yglesia de Santa María"; que en esa casa es hereditario el derecho de nombrar a una tercera parte de los regidores y justicia de Laredo; y que Ruy González Cachopín, el cuarto abuelo, "fue llamado por los señores Reyes Católicos... para la conquista del reyno de Granada", donde

³ El mundillo que poco antes había retratado Diego de Herosilla, con muchos donosos detalles, en su *Diálogo de los pages* (escrito hacia 1550 y publicado por primera vez en 1901).

⁴ Era "portugués de ascendencia judía", dice MARCEL BATAILLON, *Erasmus y España*, trad. A. Alatorre, México, 1966, p. 608.

⁵ GILBERT HIGHET, *La tradición clásica*, trad. A. Alatorre, México, 1954, t. 1, p. 266, dice que en la *Diana* falta "análisis psicológico". A lo cual MARÍA ROSA LIDA, en su reseña de la edición original inglesa, *NRFH*, 5 (1951), p. 217, replica con toda razón que "cabalmente entre todas las novelas pastoriles, la *Diana* es la más atenta a ahondar los caracteres y sus conflictos".

servió a partir de 1486 "con su persona y parientes que llevó a su costa". El litigante, por lo visto, no pudo alegar mayor antigüedad que ésa. Sus mejores cartas son el cuarto abuelo y el rebisabuelo. Según parece, no menciona al bisabuelo, al abuelo ni al padre. Y no es difícil explicar este silencio. Probablemente el bisabuelo fue un Francisco Cachopín, especie de cacique de Laredo que un buen día resolvió "engrandecer" más la Casa Cachopina adueñándose de la calle adyacente, que desde la fundación de la villa había sido vía pública y "parte del mercado e plaza", además de que "en la dicha calle está una de las arcas de agua" del pueblo (la mejorcita, por más señas). Así, pues, "comenzó a cerrar la dicha calle y arca de agua". Los vecinos pusieron el grito en el cielo, pero como los regidores estaban controlados por el Cachopín, éste "acabó la dicha obra, en que hizo unas paredes con su arco de portada y puertas en que tomó e cerró la dicha calle rreal e arca de agua e lo puso dentro de la dicha casa". Los vecinos llevaron entonces el asunto ante la Chancillería de Valladolid, la cual —bendito sea Dios— falló en contra del prepotente caciquillo. Esto sucedió hacia 1547, o sea en tiempos de Montemayor. Y es fácil imaginar la risa con que en los medios curialescos y cortesanos se celebró tan estupenda historia. En 1559, cuando apareció la *Diana*, la alusión a los Cachopines de Laredo era bien transparente para gran número de lectores.⁶

No queda sino admirar el precioso "hallazgo" satírico de Montemayor. Dada la vacuidad del personaje de Fabio, habrá que entender que era *falsa* su pretensión de proceder de los Cachopines de Laredo. Y, aunque dijera la verdad, ¡vaya pretensión! ¿Acaso el estar Laredo entre la Montaña de Santander y el País Vasco lo salvaba de ser un vil poblacho? ¡Y ese apellido, *Cachopín*, grotesco diminutivo de *cachopo*, que al oído del lusitano Montemayor sonaría a 'pedazo de tronco', 'tocón seco', o bien 'peñasco'! Linaje de gente primitiva, cadena genealógica de zoquetes, de piedras brutas.⁷ En

⁶ La materia de este párrafo procede de NARCISO ALONSO CORTÉS, "Los Cachopines de Laredo", en sus *Artículos histórico-literarios*, Valladolid [1935], pp. 70-75, donde se leen extractos de los expedientes conservados en el Archivo de la Chancillería de Valladolid.

⁷ COROMINAS documenta *cachopo* 'tronco hueco o seco' en el cronista Gutierre Díez de Gámez (mediados del siglo xv) y dice que esta acepción perdura en Asturias (cf. *Dicc. Aut.*: "El tronco seco del árbol. Es voz usada en Asturias"). FRG EREIDO recoge *cachopo* 'toco de árvore' en el portugués de Trás-os-Montes. Por otra parte, dice COROMINAS, "*cachopo* significa 'peñasco' en un epitafio en castellano antiguo citado por el navarro Julián de Madrazo [en realidad Medrano], quien dice

la burla de los Cachopines de Laredo "cuajó" Montemayor la reacción social contra la mentira de los apellidos; eran ellos el linaje de farsa por excelencia, linaje *pour rire*. Le venían de perlas para mofarse no sólo de las pretensiones de superioridad racial de la bárbara plebe del norte, sino también de su manera de fabricarse "títulos" y alcurnias.⁸

La bromita de Montemayor fue bien entendida y debidamente celebrada por sus lectores (y no hay que olvidar que la *Diana* se reimprimió infinitas veces en el siglo xvi, y aun en el xvii). Prueba de ello es un curioso texto del valenciano Andrés Rey de Artieda, que en 1605, en el "Discurso" inicial de su libro de versos ("Sobre la vanidad y aflicción del mundo", sátira sobre las miserias sociales, escrita, extrañamente, en octavas y no en tercetos), después de mencionar los vicios de los pajes —"¡Qué cosa es ver al que salió de page/con las mentiras frescas de la cortel!"—, continúa:

No se gastó mejor papel ni tinta,
ni mejor se deslinda este misterio,
que adonde el Lusitano un page pinta

haberlo encontrado en Galicia (*La Silva curiosa* [1583], ed. 1608, p. 251)". A esto conviene agregar el texto de Florián de Ocampo que cita RAMOS DUARTE, s.v. *gachupín*: en la *Crónica general de España* publicada por Ocampo en 1541 se lee una descripción del paso del río Tajo, cerca de Lisboa, "sobre la parte que dizen los Cachopos, que son vnas piçarras o peñascos dentro del agua del mesmo río". Téngase en cuenta que Florián de Ocampo era portugués (Florião do Campo), como Montemayor. En portugués moderno, *cachopo* significa varias cosas: la primera es 'rapaz' ('chiquillo', 'chamaco'), pero la segunda sigue siendo 'rochedo à flor da água, escolho' (CALDAS AULETE), 'baixio, escolho' (FIGUEIREDO, LIMA-BARROSO). NASCENTES no da ninguna etimología para *cachopo*; se limita a rechazar secamente la que había propuesto Adolfo Coelho: lat. *scopulu*. (Como este artículo está pensado para lectores interesados en lexicografía, omito las descripciones bibliográficas de los diccionarios).

⁸ El Vizcaíno del *Quijote* (I, 8) irrumpe en escena con tal brutalidad, que lo primero que hace Don Quijote es lamentar no habérselas con un caballero, para poder castigar de igual a igual su "sandez y atrevimiento", a lo cual sigue el furibundo "¿Yo no caballero?" del Vizcaíno y su atropellada ecuación *vizcaíno* = *hidalgo*: "Vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes que mira si otra dices cosa". (La barbarie lingüística del personaje hace resaltar su brutalidad y primitivismo. Después nos enteramos de que bajo el retrato del Vizcaíno, en el manuscrito original de Cide Hamete, se leía este título: "Don Sancho de Azpeitia"). Quevedo, en *La hora de todos*, IV, describe cómo se desintegra el ostentoso palacio de un ministro ladrón: "Las armas de la portada partieron como rayos a restituirse a la Montaña, a una casa de solar a quien este maldito había achacado su pícaro nacimiento". Los dos personajes, el de Cervantes y el de Quevedo (antes de que le llegue su "hora"), están diciendo, en esencia: "¡Yo soy de los Cachopines de Laredo!"

que sus hechos platica con Valerio:
 sube y ensálcalos hasta la quinta
 luz que ennoblece todo el emispherio,
 ¡hasta mostrarle al ojo y con el dedo
 que es de los Guachapines de Laredo!⁹

A Rey de Artieda debió pasarle lo que a muchos nos pasa: leímos hace tiempo una frase que nos impresionó para siempre, y decimos que se nos quedó "grabada en la memoria", pero impropriamente, porque en realidad la frase siguió viva dentro de nosotros (no fija como un grabado), y a lo largo de los años cambiamos una palabra por otra y hasta añadimos algo por nuestra cuenta. Pienso que Artieda no tenía a mano un ejemplar de la *Diana* al componer su "Discurso", pues entonces habría escrito *Cachopines* y no *Guachapines*. Si el remoquete original, rodando de boca en boca, había sufrido hacia 1605 ese como "romanceamiento", o si se trata de una falla personal de memoria, es imposible saberlo. Lo interesante es ver cómo desarrolla Artieda algo que en Montemayor estaba apenas insinuado. Fabio se limitaba a echárselas de hidalgo; lo de subir y ensalzar "sus hechos" hasta la quinta esfera es elaboración de Artieda. O no de él, sino seguramente de la sociedad española. En todo caso, es notable la hipérbole con que pondera el hallazgo satírico del Lusitano: jamás "se gastó mejor papel ni tinta" que en ese brevísimo pasaje de la *Diana*. Es un elogio a la mano maestra de Montemayor, que acertó a encontrar el perfecto apelativo de ciertos bichos (los cuales, por lo demás, no serían ya sólo los pajes).

En el mismo año de 1605 en que aparecieron los *Discursos* de Artieda apareció también la Primera parte de *Don Quijote*, en cuyo capítulo 13 todo el mundo ha leído la mención de los Cachopines de Laredo en labios de Vivaldo, personaje tan incidental como el Fabio de la *Diana*, pero infinitamente más de carne, más humano, más discreto y simpático. Vivaldo es un gran reportero, un excelente entrevistador, maestro en el arte de apretar al entrevistado hasta sacarle las más íntimas confidencias. Ha oído que la

⁹ ANDRÉS REY DE ARTIEDA ("ARTEMIDORO"), *Discursos, epístolas y epigramas*, ed. A. Vilanova, Selecciones Bibliófilas, Barcelona, 1955, p. 37. Vilanova explica al pie de la página: "Esta expresión no está registrada por Covarrubias ni por Correas, ni figura en el *Diccionario de Autoridades*, pero tiene, evidentemente, una intención hipérbolica para aludir a un noble linaje" (sic). Y no dice nada más. Ni siquiera identifica al "Lusitano" con Montemayor. Además, la alusión de Artieda no es al "noble linaje" del paje, sino a todo lo contrario.

dama de Don Quijote es la hermosísima Dulcinea, pero eso no le basta:

—El linaje, prosapia y alcurnia querriamos saber.

A lo cual respondió Don Quijote:

—No es de los antiguos Curcios... ni de los modernos Colonas... Palafoxes... Mendozas... Alencastros... pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal que puede dar generoso principio a las más ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto... [etcétera].

—Aunque el mío es de los *Cachopines de Laredo* —respondió [Vivaldo]—, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que [aunque], para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado a mis oídos.

¡Prodigiosa ironía! ¡Con qué caballerosa presteza admite Vivaldo el lustre de Dulcinea, a pesar de que el linaje del Toboso le es completamente desconocido, y a pesar de que el suyo es de los Cachopines, con lo cual no había más que decir! (Por supuesto que Vivaldo, gran humorista, está jugando: de haber sido verdadero Cachopín, no se habría portado así, sino como el brutal Vizcaíno de cinco capítulos antes.)

Más cerca de la intención de Montemayor¹⁰ —y de Artieda— se muestra Cervantes en el siguiente pasaje de *La entretenida*, donde Cristina, fregona, contesta a los requiebros de un lacayo:

¿Soy, por ventura, muger
 que he de avassallarme a un page,
 o vengo yo de linaje
 de tan baxo proceder?
 ¿No soy yo la que en mi flor,
 por no querer ofendella,
 presumo más de donzella

¹⁰ *La Galatea*, publicada en 1585, es ante todo un homenaje a Montemayor; y "el escrutinio de la biblioteca de Don Quijote demuestra que Cervantes conservaba, veinte años después, verdadero culto por la *Diana*" (M. MATAILLON, op. cit., p. 778). He aquí un detallito elocuente: poco después de su conversación, Don Quijote y Vivaldo y los demás llegan al lugar donde están abriendo la sepultura de Grisóstomo, y Ambrosio certifica que allí es precisamente donde Grisóstomo quiso ser enterrado: "Allí me dijo él que vio la vez primera a [la cruel Marcela], y allí... le declaró su pensamiento", claro recuerdo de la canción de Diana al comienzo de la novela de Montemayor (ed. cit., p. 24): "Aquí me declaró su pensamiento; ¡oíe yo, cuytada, ¡ más que serpiente ayrada..." (reminiscencia no observada por Rodríguez Marín).

que no el Cid de campeador?
 ¿No soy yo de los *Capoches*
 de Oviedo? ¿Ay más que mostrar?...

con ese curioso apellido *Capoche*, caricatura del ya caricaturesco *Cachopin*, y esa inclusión de las Asturias de Oviedo en la burla contra los patanes presumidos del norte peninsular.¹¹

II. El escenario americano

Gonzalo Fernández de Oviedo, muerto en 1557, no pudo conocer la *Diana*, pero por las páginas de su magna *Historia* discurren no pocos Cachopines *avant la lettre*. Como el inmenso Nuevo Mundo —dice— “es tierra de menos verdad” (pues los modos de averiguarla son muchísimo más difíciles aquí que en España), no pocos españoles recién desembarcados engañan vilmente a los ya establecidos. Llegan, por ejemplo, quienes se dicen cirujanos y se ponen a ejercer la profesión sin título, diciendo que éste lo “olvidaron” en España.¹² Desde los principios se llenaron las Indias de gente infame (“en aquellos principios, si pasaba un hombre noble y de clara sangre, venían diez descomedidos y de otros linajes oscuros y bajos”).¹³ Un don nadie, el “astuto y entremetido” García de

¹¹ BAE, t. 156, p. 362. A todos ellos se les aplica perfectamente la designación “bárbaros del norte”. En tiempos de Góngora y Quevedo se les llamaba colectivamente *coritos*. COVARUBIAS no precisa el significado de *corito*, pero de los “diversos orígenes” que sugiere se deduce que era “rústico, bárbaro, primitivo”. “Este nombre dan a los montañeses y vizcaynos”, dice; pero también se daba a los asturianos (Asturias exportaba a Madrid gran cantidad de lacayos y fregonas). A Vizcaya, Laredo y Asturias hay que añadir Burgos. La arrogante embestida de “Prete Jacopin” contra Fernando de Herrera es eminentemente “cachopinesca”, aunque la materia de la arrogancia es otra. ¿Cómo se atreve Herrera, dice “Prete Jacopin” (Juan Fernández de Velasco, condestable de Castilla), a emitir juicios sobre la lengua castellana? ¡En ese sagrado terreno no debe meterse un vil andaluz! A lo cual contesta maravillosamente Herrera: “¿Pensáis que es tan estrecha el Andalucía como el condado de Burgos?” ¿Piensa ese señor que “en toda la grandeza” de Andalucía hay que aceptar a ciegas las vetusteces del norte, y no usar sino los vocablos “admitidos al lenguaje de los Condes de Carrión y de los siete Infantes de Lara?” (Cf. *Los 1001 años*, op. cit., pp. 241-242.)

¹² Cf. ANTONELLO GERBI, *La naturaleza de las Indias nuevas*, trad. A. Alatorre, México, 1978, pp. 392-398. (El cronista muestra especial inquina contra los leguleyos y los clérigos que llegan de España.)

¹³ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia...*, BAE, t. 117, p. 52. En otro lugar (t. 119, p. 64) recuerda las medidas que se tomaron en tiempo de los Reyes Católicos, o sea cuando aún no había noticia de las grandes minas, para poblar las Indias con malhechores sacados de las cárceles españolas, ordenándose a todos los jueces de Castilla

Lerma, llegó a sentirse todo un Grande de España. Se arrimó en Tierra Firme a los banqueros Welser y consiguió de mala manera la gobernación de Santa Marta, con lo cual

crecieronle los pensamientos y presunción, y llamáronle *vuestra señoría*, y servíase con mucha solemnidad y cerimonias, no con menos atención que si en España tuviera una de las casas generosas y antiguas y de más estado y título que hay en ella; y no de menos espacio se limpiaba los dientes, después que acababa de comer, dando audiencia e proveyendo cosas, que lo solía hacer el Católico Rey Fernando, o lo puede hacer otro grand príncipe, [...] y procuró de adquirir oro por todas las vías que él pudo.¹⁴

Fácil es imaginar lo que sentiría Oviedo ante la prosopopeya que gastaba el tal personaje (y sobre todo al verlo limpiarse los dientes). Esos sentimientos son ya los de los criollos americanos. Oviedo se sentía, y con toda razón, muy por encima de García de Lerma, o sea que tenía consciencia de sus propios méritos de soldado, poblador y cronista, tal como los españoles criollos alegaron los méritos de sus padres y abuelos en contra de los advenedizos y usurpadores.

Estamos en el terreno de donde luego brotará, pujante, la “acepción americana” de *Cachopin*. No figura esta palabra en la *Sumaria relación* de Baltasar Dorantes de Carranza, fechada en 1604, pero a lo largo de ella está presente su “espíritu”. Una parte del libro es exaltación de los conquistadores y alegato a favor de sus descendientes —como lo era el autor—, y otra es una minuciosa enumeración de esos descendientes, los mercedores de tener preferencia, por ejemplo en los cargos públicos, para que haya un registro riguroso y los recién llegados no vengan con cuentos.¹⁵ Dorantes deja correr a raudales el “resentimiento criollo”. Está diciendo, en esencia, que la Nueva España es grande y próspera porque así la han hecho los conquistadores y sus hijos y nietos legítimos, y

que “los que hobiesen de sentenciar a muerte, o a cortar la mano o el pie, o a darles otra pena corporal e infame, los desterrasen para estas Indias perpetuamente, o por tiempo limitado, según la calidad del delito”. (Como es sabido, no de otra manera llevó a cabo Inglaterra la colonización de Australia.)

¹⁴ *Ibid.*, t. 119, p. 77.

¹⁵ El benemérito José María de Agreda, editor de este libro —impublicable en 1604, como es natural—, lo intituló *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España, con noticia individual de los descendientes legítimos de los conquistadores y primeros pobladores españoles* (México, 1902). Cito por esa edición. Los datos que siguen proceden, salvo indicación en contrario, de las pp. 21, 113-116, 150-151 y 233-234.

que es gran injusticia que a costa de ellos se otorguen privilegios a los advenedizos. Afanado en allegar agua a su molino —y deseoso de amenizar el árido alegato—, cita a varios poetas "novohispanos": una octava de la *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena (publicada justamente en 1604), otra de cierto Salvador de Cuenca, pasajes de un poema de José de Arrazola, varios sonetos anónimos, un par de romances satíricos de Mateo Rosas de Oquendo y, sobre todo, largos trechos del inconcluso *Nuevo Mundo y Conquista* de Francisco de Terrazas, a quien llama en un lugar "nuestro Marón", o sea el Virgilio de la Nueva España. (De hecho, lo que constituye hoy el interés principal de la *Sumaria relación* son esas citas. Lo único que se conoce del gran poema épico de Terrazas es lo que copió Dorantes.)

Para mi propio molino, es especialmente adecuado uno de los romances de Rosas de Oquendo, que expresa a las mil maravillas el sentimiento criollo ante los humos de los pelones que llegan a las Indias:

¡Qué buena fuera la mar,
amiga de gente brava,
si lo que hace con los vinos
hiciera con los linages,
que, avinagrando los ruines,
los buenos perficionaral
Mas son contrarios efectos
los que en estos casos hace...
Todos son hidalgos finos
de conocidos solares:
no viene acá Joan Muñoz,
Diego Gil ni Luis Hernández;
[no vienen hombres humildes,
ni judíos, ni oficiales,
sino todos caballeros
y personas principales...
¡Qué de Hurtados y Pachecos!
¡Qué de Enríquez y Guzmanes!
¡Qué de Mendozas¹⁶ y Leivas!

¹⁶ A propósito de *Mendoza*: la abuela de Juan Ruiz de Alarcón se llamaba María de Mendoza, lo cual "ha hecho que muchos eruditos concluyan un tanto apresuradamente que pertenecía a la ilustre familia de don Antonio de Mendoza"; en realidad había muchos *Mendozas* nada "finos", pero el apellido resultó muy útil: la hija de esa María, Leonor (o sea la madre del dramaturgo), pudo tomarlo en vez del de su padre, Hernando de *Cazalla* (apellido clamorosamente judaico). Véase

¡Qué de Velascos y Ardales!...
Machinan torres de viento,
conciben mill necesidades:
uno pide situaciones,
el otro pide heredades,
el otro repartimientos,
otro pretende casarse...
¡Malditos seáis de Dios,
embusteros charlatanes!
¿Entendéis que acá no hay hombres,
servicios ni calidades?...¹⁷

A continuación del romance, sin transición alguna, copia Dorantes el mejor de los sonetos anónimos:

Viene d'España por el mar salobre
a nuestro mexicano domicilio
un hombre tosco, sin algún auxilio,
de salud falto y de dinero pobre;
y luego que caudal y ánimo cobre,
le aplican en su bárbaro concilio
otros como él, de César y Virgilio
las dos coronas de laurel y robre.
Y el otro, que agujetas y alfileres
vendía por las calles, ya es un Conde
en calidad, y en cantidad un Fúcar,
y abomina después el lugar donde
adquirió estimación, gusto y haberes;
¡y tiraba la xábega en Sanlúcar!¹⁸

sobre esto WILLARD F. KING, *Juan Ruiz de Alarcón, letrado y dramaturgo*, trad. A. Alatorre, El Colegio de México, 1989, pp. 19-23.

¹⁷ Los versos que pongo entre corchetes faltan en el libro de Dorantes. La omisión se debe seguramente a razones de prudencia (mejor no mencionar judíos, mejor callar los apellidos ilustres). Esos versos se encuentran en el manuscrito madrileño extractado por ALFONSO REYES, *Capítulos de literatura española*, 1ª serie, La Casa de España en México, 1939, p. 37. En otro romance, refiriéndose también a los advenedizos, dice Oquendo: "El más pobre es caballero / descendiente de la casa / de los Tellos de Meneses / o Ladrones de Guebara..." (REYES, op. cit., p. 29). También son de su pluma un extraordinario romance (ibíd., pp. 47-50) "en lengua de yndio mexicano, medio ladino" ("Cada noche que amanece, / como la rrana critando, / quanto saco mi biscueso / la presco piento poscando...") y unas endechas ("¡Ay, señora Juanal...") en que un mestizo mexicano exhala sus quejas —entreveradas de nahuatlismos: *chilmole*, *coyote*, *tianguis*, *aguacates*, etcétera—: "...que, aunque remendado, / soy hidalgo y noble, / y mis padres, hijos / de conquistadores; / y, si es menester, / ¡por Dios que me enoje / por que me conozcan / esos españoles!" (ibíd., pp. 60-61).

¹⁸ De otro de los sonetos ("Minas sin plata, sin verdad mineros..."), donde se

No otra cosa dice Dorantes mismo cuando menciona a aquellos que

pasaron por grumetes o marineros, y en llegando a las Indias se llamaron *don* Fulano... [tal como ciertas mujercillas sevillanas son ahora] *doña* Ángela y *doña* Alberta, &c., tomando ellos y ellas títulos y *dones* fingidos con mil embustes, con que consiguen la grandeza con que crecen en esta tierra, mormurando della y aniquilando¹⁹ a los que lo merecen [o sea a los que tienen merecimientos].

Y su larga letanía anafórica: "¡Oh Indias, confusión de tropieços...! ¡Oh Indias, anzuelo de flacos, casa de locos...! ¡Oh Indias, madre de estraños..., madrastra de vuestros hijos y destierro de vuestros naturales...!" no parece sino ampliación de una patética octava de Terrazas:

Madrastra nos has sido rigurosa
y dulce madre pía a los estraños;
con ellos de tus bienes generosa,
con nosotros repartes de tus daños.
Ingrata patria, ¡adiósl! ¡Vive dichosa
con hijos adoptivos largos años,

pinta un México venido a menos) dice Dorantes que es obra de "un curial"; y otro más ("Niños soldados, moços capitanes...") lleva esta presentación: "Así dijo un práctico y aun teórico discretamente". El hecho de estar "Viene d'España por el mar salobre..." inmediatamente después del romance de Oquendo hace pensar que él es su autor. Ciertamente Oquendo no era criollo como Dorantes, sino andaluz (nació en Sevilla hacia 1559), pero vivió largos años en tierras americanas —Tucumán, Lima, México—, y en México se encontraba en 1604, de manera que bien podía decir que esos hombres toscos venían "a nuestro mexicano domicilio". — La mención de Sanlúcar nos lleva otra vez a Cervantes. Cuando Don Quijote, en la venta que cree castillo (I, cap. 2), se dirige al ventero llamándolo "señor castellano", éste piensa "que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz, y de los de la Playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco ni menos maleante que estudiantado paje". Para aclarar la expresión *los sanos de Castilla* cita aquí Rodríguez Marín un pasaje del sevillano Lope de Rueda: "Ora mirá: en hallaros delante algún juez, si os preguntare: «Ven acá, ¿de dónde eres?», luego le habéis de responder: «Señor, de un lugar de Castilla la Vieja», el primero que os viniere a la boca. Catad no digáis que sois andaluz, por la vida; que tienen bellaquísima fama los andaluces, porque en decir andaluz luego lo tienen por ladrón; si de Castilla la Vieja, por hombre sano y sin doblez de malicia". El ventero del *Quijote* no sólo es andaluz, "y de los de la Playa de Sanlúcar", o sea lo peor de lo peor, sino que (como se nos dice en el capítulo siguiente) ha acumulado experiencia en los demás emporios del hampa: "los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla..." etcétera. El *nouveau riche* del soneto había sido un pícaro muerto de hambre que tiraba la jábega en la Playa de Sanlúcar.

¹⁹ Hoy diríamos *ninguneando*; pero *aniquilar* es más fuerte que *ningunear*.

que con tu disfavor fiero, importuno,
consumiendo nos vamos uno a uno!

El nombre de estos "estraños", o sean los *cachopines* en contexto americano, figura por primera vez en la Epístola V de Juan de la Cueva, que residió en México de 1574 a 1577, quince años después de la publicación de la *Diana*. Describe allí la grandeza de la ciudad de México —descripción apenas menos exaltada que la de Balbuena—, menciona las frutas de la tierra (el chicozapote, el capulín, el aguacate, "el plátano, mamey, guayaba, anona") y en seguida declara:

Las comidas, que no entendiendo acusan
los *cachopines* y aun los vaquianos,
y de comellas huyen y se excusan,
son para mí, los que lo hacen, vanos;
que un pipián es célebre comida,
que al sabor dél os comeréis las manos.²⁰

Los *vaquianos* o baquianos, o sean los españoles ya prácticos en cosas americanas, suelen ponerle mala cara al riquísimo pipián: ¡No se diga los *cachopines*! El entusiasmo de Juan de la Cueva es buen indicio no sólo de su glotonería, sino de su voluntad de abrirse a nuevas experiencias, o sea de "acriollarse" (o de "tropicalizarse"). Toda la Epístola nos pinta a un hombre que ha hecho buenas migas con los criollos mexicanos y que, como ellos, se ríe de los gachupines.

Más o menos contemporánea de la Epístola de Juan de la Cueva es la "Ensalada del *Gachupín*" de Fernán González de Eslava, poeta que muestra en su abundante obra una voluntad de mexicanización verdaderamente extraordinaria. En esa ensalada²¹ se canta el na-

²⁰ GALLARDO, *Ensayo*, t. 2, cols. 647-648. El cuarto de estos versos dice "son para mí las que lo hacen vanos", que no tiene sentido; adopto la corrección de ALFONSO MÉNDEZ PLANCART, *Poetas novohispanos*, t. 1, México, 1942, p. 15 (aunque la sintaxis no es sana). He aquí un testimonio muy personal. Mi madre, buena "criolla" (palabra que ya no se usa), solía decirme al verme reacio a los platillos picantes: "¡Huy, qué gachupín!"

²¹ FERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA, *Villancicos, romances, ensaladas y otras canciones devotas*, ed. Margit Frenk, El Colegio de México, 1989, pp. 246-252. Nació en 1543 (quizá en Toledo y de familia de conversos), Eslava se trasladó a México en 1558, y fue aquí donde escribió las composiciones impresas en los *Coloquios espirituales y sacramentales* y *Canciones divinas* (edición póstuma, 1610). Murió hacia 1603. Véase la "Introducción" de la editora, pp. 19 y 35-36.

cimiento de Cristo, su llegada de los cielos a la tierra, en metáfora de un gachupín que llega de España a México:

¡Maravilla, maravilla!
 ¡Dense a Dios gracias sin fin,
 que ha venido un *Gachopín*
 de la celestial Castilla
 Cantalde una cancioncilla
 aquí, por que se entretenga:
 ¡Norabuena venga
 el *Gachopín* a la tierra,
 norabuena venga!²²

Otro caso notable de mexicanización es Juan de Cárdenas, médico español que en 1591 publicó en México (donde vivía desde hacía unos catorce años) una prolija serie de observaciones "científicas" sobre cosas de la Nueva España con el título de *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*. Me detendré un poco en el capítulo dedicado a la complexión y cualidades de los criollos,²³ porque sus ideas son curiosas. A los criollos (a todos los criollos) los pone Cárdenas por las nubes:

Para dar muestra y testimonio cierto de que todos los nacidos en Indias sean a una mano de agudo, tracendido y delicado ingenio, quiero que comparemos a uno de los de acá con otro rezín venido de España, y sea ésta la manera: que el nacido en las Indias no sea criado en alguna destas grandes y famosas ciudades de las Indias, sino en una pobre y bárbara aldea de indios, solo en compañía de quatro labradores; y sea asimismo el *cachupín* o rezín venido²⁴

²² *Gachopín*, y no *Cachopín*. Otros mejor calificados que yo podrán explicar la sonorización. (Pienso en el caso de *camuza/gamuza*.) A juzgar por los ejemplos que luego se verán, alternaban las dos formas. Recuérdese que Artieda dice *Guachapín*. El cambio posterior *gachopín* > *gachupín* es mucho más normal.

²³ JUAN DE CÁRDENAS, *Primera parte de los Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, México, 1591, libro III, cap. 2 ("Quál sea la causa de ser todos los españoles que nacen y se crían en las Indias por la mayor parte de ingenio vivo, tracendido y delicado"), fols. 176-182. La palabra *criollo*, que tiene también un área semántica muy americana, no figura en este libro. Corominas la encuentra por primera vez en el P. José de Acosta (1950). Es, pues, probable que se haya usado en el virreinato del Perú antes que en el de México. Pero en el siglo XVII era ya frecuente. Cf. un villancico de Navidad de Sor Juana (Obras, ed. A. Méndez Plan-carte, t. 2, p. 113): "... que a lo *criollito* / yo le cantaré".

²⁴ Sic las dos veces. COROMINAS, s.v. *reciente*, cita un *rezín casado* en Nebrija (s.v. *novio*), y recoge también el dato de que "algunos" españoles pronuncian *re-cien* sin acento. No sé si eso es prueba de que Nebrija pronunciaba *rezincasado* (y Cárdenas *rezinvenido*) con un solo acento. Yo prefiero acentuar *rezín*.

criado en aldea; y júntense éstos, que tengan plática y conversación el uno con el otro. Oyremos al español nacido en las Indias hablar tan pulido, cortesano y curioso, y con tantos preámbulos, delicadeza y estilo retórico, no enseñado ni artificial, sino natural, que parece ha sido criado toda su vida en corte y en compañía de gente muy hablada y discreta. Al contrario, verán al *chapetón*, como no se aya criado entre gente ciudadana, que no ay palo con corteza que más bronco y torpe sea; pues ver el modo de proceder en todo (d)el uno tan diferente del otro, uno tan torpe y otro tan bivo, que no ay hombre, por ignorante que sea, que luego no eche de ver cuál sea *cachupín* y cuál nacido en Indias.

Transcribe como ejemplo de ese hablar pulido unas palabras muy caravaneras que le dijo a él "cierto hidalgo mexicano" (o sea criollo). Y las ponderaciones siguen y siguen:

Verdaderamente entiendo que a ninguna cosa de las que se ponen a intentar y hazer (si hasta el fin perseveran en ella) nos dexan de hazer ventaja [a los españoles europeos]. Y esto bien claro se muestra en los lindos ingenios que todos a una mano muestran en estas escuelas de las Indias,²⁵ donde, si el premio de sus trabajos no les faltase, serían monstruos de naturaleza.

¿Y por qué todo esto? ¡Por la complexión! Los españoles europeos son predominantemente "coléricos", y los criollos predominantemente "sanguinos" aunque con bastante cólera, de manera que "todos en general son blancos y colorados (como no tengan mezcla

²⁵ Pocos años después de Cárdenas, el poeta EUGENIO DE SALAZAR, otro español residente en México, amplifica el elogio. La juventud criolla adora la gramática, la retórica, la música, la aritmética, las ciencias todas: "Gramática concede sus entradas / a la ingeniosa puericia nueva, / que al buen latín sus ganas vec inclinadas. // Gusto del bien hablar tras sí la lleva / del lenguaje pulido y bien sonante, / y en el bien escribir también se prueba". Esa generación entusiasta, esa *puericia nueva*, lee a los poetas griegos, latinos, italianos, provenzales y sobre todo españoles: "Ya nos envía nuestra madre [!] España / de su copiosa lengua mil riquezas / que hacen rica aquesta tierra estraña" (*extraña*, claro, porque allí está muy presente el mundo *ancho* y ajeno de los indios y las castas). Hay Universidad "poblada de doctores eminentes / y de una juventud bien inclinada, // dotada de juicios excelentes, / de habilidad tan rara y peregrina, / que parecen maestros los oyentes": "Epístola al insigne Hernando de Herrera en que se refiere el estado de la ilustre ciudad de México, cabeza de la Nueva España... No hay respuesta desta Epístola, porque cuando llegó a España era ya muerto este famoso Poeta", apud GALLARDO, *Ensayo*, t. 4, cols. 353-359. (Herrera murió en 1597.) PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, en *BDH*, t. 4, p. 386, atribuye inadvertidamente a Eugenio de Salazar el verso ya citado de Juan de la Cueva, "los cachopines y aun los baquianos".

de la tierra); son asimismo francos, liberales, regozijados, animosos, afables y bien acondicionados y alegres".

Al final del capítulo, en una especie de *afterthought* o recapitación, desarrolla Cárdenas las dos restricciones que ha apuntado: "si hasta el fin perseveran" y "si el premio no les faltase". En cuanto a lo primero, la dosificación de sangre y cólera es desventajosa: como "son humores calientes, delgados y ágiles, que con facilidad se mueven, así causan mudanza y variedad en los hombres, haziéndoles poco perseverantes en sus cosas. . . , y esto lo haze el faltar el peso y asiento de la melancolía" (la cual, por lo visto, sí entra en la complejión de los españoles europeos). En cuanto a lo segundo, es un hecho que hay "letrados sapientísimos desta tierra a quien la cortedad della tiene sepultados, teniendo partes para resplandecer y señalarse en todas las universidades del mundo".²⁶

En suma, los criollos se aventajan muchísimo a los *cachupines* o *chapetones*. La explicación de este exagerado panegírico no parece difícil. Cárdenas, al llegar a México hacia 1577, quedó de veras impresionado por la vitalidad y el ingenio de los españoles nacidos en el Nuevo Mundo, a quienes debe haber tratado mucho, y este trato le comunicó, por osmosis, los dos elementos básicos de la psicología de los criollos: su orgullosa consciencia de sí mismos y su resentimiento contra los gachupines advenedizos. La falta de "perseverancia" era, a todas luces, una expresión del resentimiento: ¿para qué esforzarse, si todos los puestos jugosos se daban a gachupines?²⁷

A semejanza de Cárdenas, y por los mismos años, Bernardo de Vargas Machuca, "vecino de la ciudad de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada", emplea las dos palabras, *cachupín* y *chapetón*, para designar al recién llegado a las Indias. En su *Milicia y descripción de las Indias*, especie de manual de estrategias para el con-

²⁶ También se preocupa de matizar su afirmación de que *todos a una* son de agudo ingenio y *todos a una* estudiantes buenísimos. Él dice "lo que generalmente compete a todos"; pero conoce criollos que son verdaderos zoquetes, "hechos de una pieza, como quixada de lobo", tal como conoce otros que, sobreponiéndose a la fatalidad de su complejión, "no sólo en su bivo y delicado entendimiento, pero también en peso, constancia y perseverancia se pueden aventajar a otras naciones del mundo".

²⁷ Es lástima que Cárdenas no diga nada sobre los mestizos, salvo el dato de que no son "blancos y colorados". Por cierto, no los llama *mestizos*, sino "los que tienen mezcla de la tierra". Lo mismo que *criollo*, la palabra *mestizo* parece haberse originado en el Perú: COROMINAS la documenta por vez primera en el Inca Garcilaso; figura también en Rosas de Oquendo; supra, nota 17.

trol militar de indios insumisos, viene este consejo: el caudillo "nombrará su allérez y sargento y hará la gente necesaria con cuidado y, si fuere posible, sea toda gente diestra y baquiana, porque será de gran inconveniente llevar gente *chapetona*" (los *chapetones*, novatos, luego "enferman y mueren").²⁸ Y en otro lugar describe así a Veracruz: "Este pueblo es muy enfermo, donde mueren muchos *cachupines*, tanto y más que en Nombre de Dios, aunque es verdad que la mayor parte de la gente que muere es de la ordinaria y pobre, por el poco regalo que tienen saltando de la mar, que la que goza dél resiste la mala calidad". Y en la "Declaración de los nombres propios", al final de la obra, explica: "*Chapetón* o *Cachupín* es hombre nuevo en la tierra".²⁹

A lo largo del siglo XVII se multiplican los testimonios del uso de la palabra *gachupín*. En la *Grandeza mexicana* de Balbuena (1604), los gachupines son parte normal del abigarrado hormiguero humano de las calles: "arrieros, oficiales, contratantes, / *cachupines*, soldados, mercaderes, / galanes, caballeros, pleiteantes" (cap. I). Uno de los seis hospitales de esa gran ciudad de México es "el de los Convalecientes, donde acuden los *cachupines* y gente pobre que viene de España y otras partes".³⁰ A imitación de Eslava, el jesuita Juan de Cigorondo compone hacia 1615 un romancillo, "El *Gachupinco* y la *Gachupina*", sobre Cristo y su Madre, que "pasaron a Indias" (con estribillo "¡Biva Castilla / que tales *cachupi-*

²⁸ BERNARDO DE VARGAS MACHUCA, *Milicia y descripción de las Indias*, ed. de Madrid, 1892, t. 1, p. 115. Cf. GARCILASO INCA, *Historia general del Perú (Segunda parte de los Comentarios reales)*, ed. Ángel Rosenblat, Buenos Aires, 1944, t. 1, p. 221: "Lo que Gómara dice que se marearon los picarristas, es de saber que así los visos que nuevamente van de España (que en la lengua de los barloventos se llaman *chapetones*), como los pláticos en la tierra, que llaman *baquianos*, si están mucho tiempo en los llanos. . . , quando buelven a la sierra se marean". La palabra *chapetón*, con que los conquistadores veteranos bautizaron a los novatos, estaba ya en uso en tiempos de OVIEDO: "los que nuevamente vienen. . . , a los cuales en estas Indias llamamos *chapetones*, y en Italia les dicen *bisoños*" (BAE, t. 118, p. 358); "*chapetones*. . . , o como quien dice hombres que ignoran su oficio y el arte de la guerra" (t. 120, p. 179). El significado de *chapetón* fue siempre unívoco y muy claro, en contraste con su etimología (la que da COROMINAS me parece muy forzada). Pese a su presencia en Cárdenas, es palabra más sudamericana que mexicana; pero, a diferencia del *gachupín* mexicano, que sigue muy vivo, *chapetón* ya no se oye en el Perú, según JAVIER SOLOGUREN, "Fórmulas de tratamiento en el Perú", *NRFH*, 8 (1954), pp. 262-263 (sólo en Huancaayo queda el despectivo *chapietas*, toda persona que procede en forma distinta a la gente del lugar).

²⁹ VARGAS MACHUCA, op. cit., t. 2, pp. 174 y 215. En el texto relativo a Veracruz cortijo lo que es a todas luces una errata: *cochupines* en vez de *cachupines*.

³⁰ Según FRAY JUAN DE TORQUEMADA, *Monarquía indiana*, ed. M. León Portilla, México, 1975, t. 1, p. 411.

nes nos envía!").³¹ En 1620 el virrey Marqués de Guadalcázar, atendiendo seguramente a reclamaciones de los criollos, firma un decreto para restringir y reglamentar las operaciones mercantiles de los "gachupines o extranjeros", en especial en los días que siguen a las llegadas de las flotas de España.³² Y sin duda será fácil acumular más testimonios.

III. *Intermezzo español*

Desde muy temprano, como se ha visto, los criollos y sus simpatizantes españoles —comenzando con Juan de la Cueva— pusieron en la palabra *Cachopin* un ingrediente muy americano (o, más exactamente, mexicano), y con eso le dieron permanencia. En España, en cambio, la palabra no tuvo mucha vida.³³ No conozco ningún desarrollo español del pinchazo satírico de Montemayor y de Cervantes. El único "desarrollo" que conozco va por muy otro camino. En su bellísima ensalada "No sólo el campo nevado..." (de 1615) intercala Góngora este villancico, cantado por un grupo de gitanos con su cecear característico:

¡Támaraz que zon miel y oro!
 ¡Támaraz que zon oro y miel!
 A voz, el Cachopinito,
 cara de roza,
 la palma oz guarda hermoza
 del Egipto.
 ¡Támaraz que zon miel y oro!
 ¡Támaraz que zon oro y miel!

El *Dicc. Aut.*, que define *Cachupín* como 'el Español que pasa y mora en las Indias', dedica un artículo especial a *Cachopinito*,

³¹ Noticia de MARGIT FRENK en su cit. ed. de *Villancicos* de Eslava, p. 396.

³² Documento encontrado y extractado por JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ, *Noticias históricas y estadísticas del estado de Durango*, México, 1851 (y Durango, 1910), citado por ROBELO, p. 404. Por lo visto, dice Ramírez, *gachupín* "no era un apodo popular, sino una expresión hasta cierto punto técnica", que significaba 'todo forastero procedente de España'.

³³ Por supuesto, hay aquellos que, escribiendo en España para españoles, emplean la palabra refiriéndola al Nuevo Mundo (y explicándola), por ejemplo el viajero fray Domingo Fernández de Navarrete (citado por F. RODRÍGUEZ MARÍN en su ed. del *Quijote*, 1947, t. I, p. 368): "En la América, fuera de *Cachopines*, que son los que pasan de España, vi Criollos, Mestiços, Castiços, Indios..." (*Castiços*: otra palabra muy española que adquirió un significado muy mexicano, ya desaparecido.)

"diminutivo de Cachupín. Como si dicesse nuevecito o recién venido al mundo", y a continuación cita lo de Góngora. Pero esta explicación está a todas luces equivocada. ¿Qué hace ese americanismo tan en el aire, tan desligado del contexto poético, y sobre todo en boca de gitanos? Góngora fue siempre un artista muy exigente con sus imágenes y metáforas, y aquí no hay el menor desarrollo de la idea de 'recién venido'.³⁴ Lo que aquí hay es, evidentemente, otra cosa. Ese *Cachopinito* no procede de América, sino de los Cachopines de Laredo, pero por una vía inesperada. El orgullo de los montañeses y vizcaínos tenía un carácter eminentemente "racista": ellos eran sonrosados y rubios, una minoría selecta frente a la gran mayoría de españoles de piel atezada u oscura, castellanos nuevos, valencianos, murcianos, extremeños, andaluces, y no digamos gitanos. Pues bien, lo que estos gitanos están diciendo es que ellos, los morenos, los postergados y despreciados, adoran al Niño ojiazul y sonrosado, rubio como la miel y el oro de las támaras, los dátiles maduros que guarda esa Palma de "Egipto" —tierra de los (e)gitanos— que es la Virgen María. El breve villancico está en serie con otros muchos en que el mismo Góngora y tantos otros poetas, a uno y otro lado del Atlántico, Sor Juana entre ellos, introducen a los racialmente humildes (el negro, el morisco, el indio mexicano) y los hacen hablar con acendrada devoción cristiana. A lo cual puede agregarse algo que no sé si ha sido objeto de una buena teorización, pero que en un país como México es un hecho que salta a la vista: las fiestas que las personas morenas le hacen a un bebé rubio, la ternura que les inspira.³⁵

³⁴ Compárese eso con la excelente "lógica" poética del romance de Alonso de Ledesma, "Un Perulero de Amor / entra para Navidad, / que se trae todas las Indias" (en una ensalada impresa por primera vez en 1605), cit. por MARGIT FRENK, loc. cit., p. 393. El *perulero* es el indiano, el que regresa a España cargado de dinero (=el Niño Dios que trae sus dones a la tierra). El divino Perulero de Ledesma es la contraparte del divino Gachupín de Eslava y Cigorondo. El *Dicc. Aut.* añade que *Cachupín*, "voz trahída de aquellos Países" (o sea de las Indias), es lo "que en el Pirú llaman *Chapeton*", mientras que s.v. *Chapeton* dice: "El Europeo o el Castellano recién llegado y pobre [...], a quien en el Reino de México [sic] dan este nombre". La desinformación y la incoherencia de la Real Academia en cuanto a cosas americanas siempre ha sido monumental. Pero el premio se lo lleva la Enciclopedia Espasa, según la cual *Cachopinito* es, en América (!), 'criatura recién nacida'. A. MÉNDEZ PLANCARTE, op. cit., t. I, p. 17, dice que el *Cachopinito* de Góngora "recuerda una probable canción de Indias". No veo por qué.

³⁵ GARCÍA ICÁZBALCETA, s.v. *güero*, cita este texto de comienzos del siglo XIX (*Diario de México*, I, p. 125): "Quien hubiere hallado un niño *güerito* de edad de cuatro años, en camiseta, que se perdió..." (de la etimología de *güero* pienso ocuparme en otra ocasión). Cf. también el *Martín Fierro*, II, 853-858: "Había un *gringuito* cautivo... / tenía los ojos celestes / como potrillito zarco".

En el siglo xvii hay otra aparición española de *Cachopin* (o más bien *Cachupino*, por contaminación quizá con *Capuchino*), en un baile anónimo cuyo autor no alude ni a los Cachopines de Laredo ni a los gachupines americanos, sino que emplea la palabra como simple jitanjáfora, con vagas alusiones al mundo de Indias:

—Señores, esto que toco,
con indios se puede hacer.
—¿Indios dijiste, mujer?
¡Va de indios otro poco!
Vení, criollitas de Portobelo³⁶
adonde las mudanzas danzas...
¡Qué Cachupino y qué Cachupél!
¡Qué Cachupino menea el piel!
¡Qué Cachupino con lindo garbol!
¡Qué Cachupino, el pie y la mano!
¡Cachupino, no te detengas!
¡Cachupino, mano y cabezal!
¡Cachupino y Cachupé,
la cabeza, manos y pies!³⁷

IV. La connotación (y "etimología") mexicana

Varios autores serios han atribuido a *gachupín* etimología náhuatl, con el significado de 'hombre arrogante y cruel'. Un lexicó-

³⁶ Cf. el baile de *La dama boba* de LOPE (*Acad.*, t. 10, pp. 620-621): "¿De dó viene, de dó viene? / Viene de Panamá... / Es Amor; llámase indiano. / Viene de Panamá. / Es chapetón castellano. / Viene de Panamá. / Es criollo disfrazado. / Viene de Panamá...". donde es inútil buscar significaciones precisas: *indiano*, *chapetón*, *criollo*, aquí todo es uno. Tampoco puede saberse qué quería decir el autor de la letrilla "Salud y vida, sepades...", publicada en *RHI*, 14 (1906), p. 106, entre otras "Poésies attribuées à Góngora": "Ay doctores afamados...; / ay otros menos letrados / que presumen de criollos / y que alegan, por ser pollos, / pollinas autoridades".

³⁷ EMILIO COTARELO Y MORI, *Colección de entremeses...*, t. 1 (NBAE, 17), p. ccxxvii, califica esto de "danza o baile de indios", y dice que es parte de la mojiganga del *Folión*. Después, al ocuparse del *Folión* (p. cxlvii), dice que en este título "se declara su origen portugués", en apoyo de lo cual cita el final del baile: "Con el uno y otro son, / a uso de Portugal / el baile puede acabar", dice el gracioso; y la graciosa, que antes preguntó "¿Indios...?", ahora dice: "¿Portugal? ¡Va de folión! / Toma tú aquestas sonajas...", etcétera. En realidad se trata de un baile netamente español, con vago color americano al comienzo y con cierto color portugués al final. Mencionaré también *La soirée de Cachupín*, zarzuela de Ramón de Navarrete (mediados del siglo xix) "adaptada del francés, con música de Offenbach" (N. ALONSO CORTÉS, op. cit., p. 70). Según RODRÍGUEZ MARÍN, loc. cit., en esta "gra-

grafo tan acucioso como FRIEDERICI comienza así el artículo respectivo: "Aus dem Aztekischen", aunque añadiendo: "...wenn auch die Art, wie es erklärt wird, nicht durchweg die gleiche ist". Lo más interesante en ese artículo es la cita de estos dos textos de finales del siglo xvii:

Les espagnols nez dans l'Amérique, appelez créoles, sont si animés contre les Espagnols naturels, qu'ils appellent *Cachoupins* à cause des mauvais traitements qu'ils en reçoivent... [1682].

Les créoles sur tout sont les plus animez contra les Espagnols naturels, qu'ils appellent *Cachupins* par forme d'injure, parcequ'ils les maltraitent et les privent de tous les emplois [1684].

En los dos textos³⁸ se establece una relación causal entre el apodo de los *Cachupines* y su conducta desconsiderada: así les dicen por la manera como se portan. Las noticias apuntan claramente a México, puesto que no se menciona la palabra *chapetón*, y los informantes deben haber conocido la "etimología azteca", que por desgracia no se consigna. Obsérvese que en los dos textos se habla de "malos tratos" (queja de indios) y sólo en el segundo de "privación de empleos" (queja de criollos).

En todo caso, no puede haber duda de que en el México de 1684 seguía diciéndose *gachupín* "par forme d'injure". Y un moderno como RAMOS DUARTE tiene razón al afirmar que el término *gachupín* (definido por él como 'español plebeyo... cruel con los indios') "se dice en Méjico por ofensa".³⁹ Pero tienen igualmente razón quienes señalan, en el uso actual o en el del pasado, la ausencia de connotaciones insultantes.⁴⁰ Todo depende del contexto,

ciosa obrilla mil veces representada... se llama *cachupinada* toda fiesta cursi". (RODRÍGUEZ MARÍN era andaluz, y el *Dicc. Aut.* dice que *Cachupín* es voz "mui usada en Andalucía, y entre los comerciantes en la carrera de Indias".)

³⁸ Precedentes de PIERRE MARGRY, *Mémoires et documents pour servir à l'histoire des origines françaises des pays d'outre-mer*, Paris, 1879-1888.

³⁹ También se ha señalado la connotación de desprecio: "Sabidísimo es que en Méjico suelen aplicar despectivamente a todos los españoles el apodo de *gachupines*" (RODRÍGUEZ MARÍN, loc. cit.); "Cachupines llaman por desprecio en algunos puntos de la América española a los naturales de España, y especialmente a los que desempeñan oficios manuales" (COTARELO: cf. *supra*, nota 37). Esto último, por cierto, es inexacto. *Cachupines*, en las ciudades grandes de México, son más bien los dueños de panaderías, vinaterías, tiendas de ultramarinos, baños públicos y otros negocios (con empleados mexicanos).

⁴⁰ Así MARGIT FRENK, loc. cit., nota de la p. 246: en el texto de Eslava, *gachupín* "designaba, sin intención despectiva, al español que llegaba a América"; y MÉNDEZ PLANCARTE, loc. cit., p. 17: en el texto de Juan de la Cueva, *cachupines* son "los

naturalmente. Ahora bien, como la oposición de intereses y de ánimos entre criollos y peninsulares fue tan intensa desde mediados del siglo xvi, es claro que el *Cachopín de Montemayor* (y luego de Cervantes) les sirvió admirablemente a los criollos para expresar su repudio, odio, resentimiento, etcétera. Un Dorantes de Carranza debió haber usado muy a menudo la palabra *cachopín* bien cargada de virulencia, pero esto en conversaciones privadas con otros criollos. Ponerla por escrito era una imprudencia (las autoridades a quienes dirigía su alegato se lo hubieran rechazado con un iracundo "¡Palabrotas no!").⁴¹ En cambio, los escritores españoles (Juan de la Cueva, Cárdenas, Balbuena, etcétera) la usan con toda naturalidad, pues no tienen ningún veneno, ningún rencor personal contra unos individuos que son simplemente "recién llegados", y el virrey Guadalcázar la emplea "como expresión hasta cierto punto técnica".

Viene muy al caso la significación mexicana de la palabra *gringo*. Es un hecho que en "el mexicano" hay un fondo de resentimiento contra "el norteamericano" o "el yanqui", de manera que la palabra tiene una connotación latente muy clara, un veneno que en cualquier momento puede escaparse del frasquito. Pero, en la práctica, muchas veces el significado es neutral ("Había allí alguien que parecía *gringo*": era güero, por ejemplo). La exclamación "¡Estos *gringos!*" puede significar '¡qué admirables!' lo mismo que '¡qué hijos de puta!' (y cuando se habla de una *gringuita*, el sentido es siempre positivo). De esa manera, *gachupín* puede significar 'que

peninsulares recién venidos, sin la posterior connotación peyorativa". Cf. asimismo J. SOLOGUREN, loc. cit.: el apodo peruano *chapetón* "no debe considerarse ofensivo". (Y, sin embargo, a continuación cita estas palabras de José de la Riva Agüero: "Vea con exasperación un español americano que, solamente por haber nacido fuera de la Península, estaba privado de obtener los empleos de rango..."; y "que lo que era lícito para los *chapetones*, era prohibido para los criollos..."; etcétera; según Riva Agüero, los criollos dieron a los peninsulares el nombre de *chapetones* "en recompensa del que a ellos les pusieron igualándolos a los negros".)

⁴¹ Cuando en 1655 el provincial de los jesuitas de la Nueva España, P. Juan del Real, *gachupín*, le dio al P. Manuel de Benavides, *gachupín*, la buena cátedra que hasta entonces había ocupado el P. Antonio Núñez, criollo (y futuro confesor de Sor Juana), este último debe haber tenido el insulto a flor de labios, y hasta fuera de ellos, pero en su reclamación se abstuvo, por supuesto, de mencionar *gachupines*. Cf. sobre esto "La Carta de Sor Juana al P. Núñez", *NFRH*, 35 (1987), p. 640, nota 83. Sesenta años después, a propósito de un incidente análogo, ocurrido en cierto capítulo provincial de los dominicos de la Nueva España, las palabras *criollo* y *gachupín* se escribirán con todas sus letras. Véase la noticia de A. MÉNDEZ PLANCARTE, *Poetas novohispanos*, t. 3, pp. liv-lv, sobre fray Juan de Villa y Sánchez y su sátira menipea *El Muerdequedito* (1714).

llega dándose ínfulas', o 'inexperto', o 'que trae recomendaciones de Madrid y me va a quitar lo que yo merezco', o 'que critica nuestras cosas', o 'que trae de Castilla novedades preciosas', o 'que llega a estas tierras muy molido (y hasta moribundo)', o bien, simplemente, 'recién llegado'. Pero, cuando la ocasión se presenta, el veneno chorrea, como ocurrió durante el famoso "alboroto" de 1692, cuando indios y negros se echaron a las calles gritando "¡Mueran estos cornudos *gachupines* que nos comen nuestro maíz!"⁴²

⁴² Sor Juana emplea la palabra *gachupín* en el sainete segundo de su comedia *Los empeños de una casa*, estrenada en 1683 (y creo que sólo allí). Colocado entre los actos II y III de la comedia, ese sainete es una joya de humorismo. Arias y Muñiz, personajes de carne y hueso, vecinos de la ciudad de México, se ponen a destrozarse —a "ningunear", a "aniquilar"— la comedia que está representándose, "tan larga y tan sin traza", tan incapaz de competir con "una de Calderón, Moreto o Rojas" ("que siempre las de España son mejotes"). "¡Vive Cristo que no puedo / sufrir los disparates de Acevedo!", exclama Muñiz, refiriéndose al poeta Francisco de Acevedo, también personaje de la vida real, vecino de México y gran amigo de Sor Juana (como lo muestra la bromita de la monja de colgarle a él los "disparates" de *Los empeños de una casa*). Arias propone cortar por lo sano: "a silbos destruyamos / esta comedia o esta patarata, / que con esto la fiesta se remata". Lo malo es que Muñiz no sabe silbar; pero silba Arias y "silban otros dentro", y se arma una rechilla espantosa. Aparece entonces el pobre Acevedo —"¿Qué silbos son aquéstos tan atroces?"— y se entabla un movido diálogo rematado por dieciséis seguidillas, una de las cuales, cantada por Acevedo, dice: "*Gachupines* parecen / recién venidos, / porque todo el teatro / se hunde a silbos". ALBERTO G. SALCEDA, en nota a este pasaje (*Obras de Sor Juana*, t. 4, México, 1957, p. 558), dice que aquí se alude a la pronunciación "fuertemente silbante" que los peninsulares dan al fonema [s]. Yo creo que no. Yo creo que se alude a la costumbre española de silbar estrepitosamente las comedias que no gustaban (en México, donde no había comedia cada día, como en Madrid, el público no era tan exigente). Bien puede ser que Sor Juana, como un siglo antes el Dr. Cárdenas, tuviera en opinión de toscos y groseros a los *gachupines*, pero esto es conjetura mía. Dice también SALCEDA que la palabra *gachupín* "sólo servía entonces para distinguir a [los peninsulares] de los criollos, y no tenía el sentido injurioso que más tarde recibió a consecuencia de la rivalidad de criollos y *gachupines*". Lo cual no está bien dicho. La "rivalidad" venía de muy lejos: era ya intensa en tiempos de Terrazas y de Dorantes. El sentido injurioso no es de "más tarde": no surgió de buenas a primeras nueve años después, en el "alboroto" de 1692, con el grito de los indios y los negros contra los "cornudos *gachupines*". MÉNDEZ PLANCARTE, op. cit., t. 3, p. xlvi, recuerda este famoso grito a propósito del presbítero criollo Pedro de Avendaño, furibundo anti-*gachupín*, de quien publica unas *décimas* satíricas animadas por un sentimiento parecido al del soneto "Viene d'España por el mar salobre": llega el *gachupín* a nuestra tierra y lo primero que hace es asociarse con "otros como él" que lo proclaman un nuevo César, un segundo Virgilio. Las *décimas* de Avendaño se dirigen a un predicador recién llegado de España, elogiadísimo por sus paisanos, esos ignorantes, esos *gachupines* (perdón, *gachupines*): "Todo honrado *galopín* / a puto el postro y a ruín / se convocó" para oír el inepto sermón. Los versos de Avendaño se conservan en un manuscrito de 1703 que trae, en una "hoja adicional", dos *décimas* atribuidas a él. La primera de estas *décimas* dice que *criollo* significa 'ojo de culo' (< portugués *cri* 'ojo' + holandés *ollo* 'culo'), y la otra replica que *gachupín* significa 'muladar'

Y así llegamos al Cura Hidalgo, representante por excelencia de las reivindicaciones criollas y ejecutor de los deseos de represalia acumulados durante largo tiempo en la apaleada masa del pueblo. Son famosas las palabras que dijo en su curato de Dolores, la noche del 15 de septiembre de 1810, al recibir noticias de que la conspiración había sido descubierta: "Caballeros, somos perdidos. Aquí no hay más recurso, que ir a coger *gachupines*".⁴³ La primera "acción" de la guerra de independencia tiene mucho de simbólico: el cura saca de la cárcel a un puñado de pobres diablos (a quienes incorpora a su ejército) y mete en su lugar al puñado de *gachupines* adinerados que hay en el pueblo (para hacerles pagar su rescate). En seguida vienen, muy contra su voluntad, las matanzas de Guanajuato, Guadalajara, Valladolid y otros lugares. Pero él ¿qué podía hacer? En mayo de 1811, ante el tribunal militar que lo juzga, reconoce Hidalgo haber tenido "una condesendencia criminal con los deseos del ejército, compuesto de los indios y de la canalla". Este ejército estaba terriblemente sediento de sangre *gachupina*. Los indios, y no los criollos, eran los entusiastas ejecutores de las degollaciones: "únicamente deseaban estas excenas los indios y la ínfima canalla".⁴⁴

¡Y vaya si había razones! Lo que sufrían los criollos era poco en comparación con lo que sufrían los indios. Además, los criollos habían externado muchas veces su inconformidad con el estado de cosas, mientras que las quejas de los indios se habían quedado guardadas. La palabra *gachupín*, dicha por ellos, debe haber estado tan cargada de aborrecimiento, que daba la impresión de ser ésa su

(< arábigo *gachu* 'mula' + guineo *pin* 'dar'). Es difícil que las dos décimas sean de un solo autor. Pueden verse, anónimas y sin fecha, en LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN, *México viejo*, ed. de México, 1945, pp. 656-657.

⁴³ *Procesos inquisitorial y militar seguidos a D. Miguel Hidalgo y Costilla*, México, 1960, p. 284.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 234-236. Bien es verdad que la "excena" solía ser supervisada por un criollo. Por ejemplo, en Aguascalientes "también fueron ejecutores los indios de las inmediaciones de la misma ciudad", y el supervisor —me duele decirlo— fue "un coronel Alatorre". Y no hay que olvidar al presbítero Francisco Severo Maldonado, que en su *Despertador Americano*, periódico impreso en Guadalajara de fines de 1810 a comienzos de 1811, "animaba al cruel Hidalgo para que siguiese su empresa y la degollación de los *gachupines*, hasta no dejar uno vivo en la América" (*ibid.*, p. 317). El odio personal de Hidalgo contra los *gachupines* era de índole más "ilustrada". Se transparenta en el manifiesto que publicó al recibir el edicto de excomunión: "¿Quién creería que llegase hasta este punto el desdoro y atrevimiento de los *gachupines*?" (*ibid.*, p. 328); no hay cosa más despreciable que el Santo Oficio de México, "por estar compuesto de unos *gachupines* ignorantes" (*ibid.*, p. 165).

razón de ser. Se explica, así, que muchos la creyeran creación de los indios.⁴⁵

Que yo sepa, el primero que aduce una "etimología azteca" para *gachupín* es el famoso criollo fray Servando. Su *Historia* (1813) es un "clásico" del anti-*gachupinismo*, pero él parece haber evitado muy de propósito la palabra *gachupín*, seguramente para no dar aire de libelo a un libro tan hecho de razones y argumentaciones. Sólo la emplea, según creo, al hacer alguna cita, como cuando se refiere al pasquín ¡*Mueran los gachupines!*, "el más sangriento" de los que aparecieron en tiempos del virrey Iturrigaray (1808), o cuando extracta una hoja volante de fines de 1810 (conservada por él), hecha "con imprentilla de mano", en que se vapulea a los mexicanos que pelearon contra los insurgentes a las órdenes del general Calleja: "almas negras, mercenarias, tan infames y viles como la de los perversos *gachupines*".⁴⁶ En este segundo lugar, pensando seguramente en la gran mayoría de lectores no mexicanos de su libro, fray Servando explica entre paréntesis: "europeos".⁴⁷ Y la tercera vez se alarga un poco. Reproduce un manifiesto de José María Cos (1812) dirigido al virrey Venegas: es hora de que el virrey, "a pesar de las mentiras con que procuran alucinarlo algunos *gachupines* perversos y tontos", vea la seriedad y las razones profundas de la insurgencia. Aquí fray Servando pone asterisco en *gachupines* y explica en nota:

Este nombre se da en Nueva España a los españoles europeos, y no por apodo, sino tomado de los indios, que llamaron así a los conquistadores porque les llamaron la atención sus acicates. Se compone de *catti* ('calzado' o 'zapato'), del cual se elide el *tli* en la composición, y de *tzopini* ('cosa que espina o punza'), resultando *catzopini*, esto es, 'hombres con espuelas'. Los españoles pronunciaron *gachupín* corrompiendo el acento. . .

⁴⁵ El P. José Gumilla, que ejerció su ministerio durante largos años en tierras de la actual Venezuela, explica en su *Orinoco ilustrado* (1741) lo que es *chapetón* en el Perú y *oachupín* en la Nueva España, y añade: "nombres que impusieron los Indios a los primeros Conquistadores, y permanecen hasta oy" (citado por FRIEDERICI).

⁴⁶ FRAY SERVANDO TERESA DE MIER, *Historia de la revolución de Nueva España*, edición [verdaderamente monumental] al cuidado de un equipo de americanistas franceses, París, 1990, pp. 155 y 395.

⁴⁷ La *Historia* de fray Servando estaba destinada a venderse en Londres y en Buenos Aires (única región de habla española en que podía entrar). "Dedicada al invicto pueblo argentino en su Asamblea Soberana de Buenos-Ayres", dice una portadilla especial puesta en la parte de la tirada que se despachó a Sudamérica. Véase la ed. cit., pp. xcv-xcvii.

tras lo cual viene una graciosa digresión sobre la torpeza acústico-fonética de los españoles. Y luego, pensando seguramente en los lectores de Buenos Aires, añade: "En fin, éstos, siendo europeos, en la América meridional son llamados *chapetones*".⁴⁸ (¡Por allí hubiéramos empezado!, habrán dicho esos lectores.)

Se habrá observado la "inocencia" de la explicación de fray Servando: a los indios les llamaron la atención los acicates, ese curioso aditamento del calzado. También es "inocente" la explicación que pone Lucas Alamán al comienzo de su *Historia de Méjico*: "A los españoles nacidos en Europa, que en adelante llamaré solamente *europeos* [para no estar diciendo *españoles europeos* todo el tiempo], se les llamaba *gachupines*, que en lengua mejicana significa 'hombres que tienen calzados con puntas, o que pican'...": náhuatl *cactli* 'calzado' + *tzopinia* (MOLINA) > *catzopin* 'el que punza o pica con el zapato'. "Esta interpretación me ha sido comunicada por el Sr. Lic. D. Faustino Chimalpopoca Galicia, profesor de lengua mejicana en el colegio de S. Gregorio de esta capital".⁴⁹

El nahuatlato tapatío Eufemio Mendoza, citado por ROBELO, "dice que *gachupin* en mexicano es *cachupin*, 'víbora calzada' o 'calzado que pica como víbora', compuesto de *cactli* 'calzado' y *chopinía* 'picar la víbora'. Quizá —agrega— por las espuelas y la crueldad de los españoles" (explicación ya no "inocente").⁵⁰

Así como Alamán acudió a don Faustino Chimalpopoca, así RAMOS DUARTE acudió a don Teodoro Juárez, "persona muy entendida en la lengua azteca", según el cual *gachupin* "es corruptela del náhuatl *cacchopini*, 'el que da puntapié con el zapato' (costumbre de los cachupines); palabra compuesta de *cac*, apócope de *cactli* 'zapato' y de *chopini* 'puntapié'..."

Más modernamente, CABRERA dice que la etimología propuesta por Chimalpopoca "no tiene fundamento morfológico y debe desecharse. La etimología más sencilla y lógica es: 'el que calza chapin'

⁴⁸ *Ibid.*, p. 459. También aquí hay una explicación etimológica: "algunos han querido derivar [*chapetón*] de la palabra chilena *chiapi* 'pícaro', y no es sino palabra haytina que significa 'hombre de lejanas tierras'...". (¿De dónde sacaría fray Servando este dato? El caso es que ni FRIEDERICI ni COROMINAS, que conocen la palabra chilena, mencionan para nada la "haytina".)

⁴⁹ LUCAS ALAMÁN, *Historia de Méjico*, ed. R. Aguayo Spencer, México, 1942, p. 16. (Alamán era conservador, o sea pro-español.)

⁵⁰ ROBELO no da referencia bibliográfica. Mendoza escribió *Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas en castellano*, México, 1872, obra que no he podido consultar. SIMÉON, cuya 1ª ed. es de 1885, dice *chopinía* 'picar (la serpiente)', mientras que MOLINA dice sólo *tzopinia* 'punçar, picar'.

nes', de *cactli* 'calzado' y *chapin* 'el zapato de tacón alto que usaban los conquistadores'..."; añade que la palabra *chapin* "entró desde muy temprano en la lengua azteca" (y en efecto, MOLINA recoge cuatro compuestos con *chapin*, v.gr. *chapineschiua* 'hacer chapines'), pero se le escapa el hecho de que el *chapin* era 'calzado de las mugeres' (COVARRUBIAS), no de los soldados.

Ahora bien, ya en 1851, recién aparecido el primer tomo de la *Historia de Méjico* de Alamán, José Fernando Ramírez⁵¹ había mostrado mucho escepticismo en cuanto a la "etimología azteca". Entre otras cosas, dice que *catzopini*, en caso de existir, no significaría 'zapato que pica' sino, al contrario, 'el que pica al zapato'. Él está convencido de que la palabra "no tuvo en su origen ninguna [significación] que pareciera hostil u ofensiva, habiendo aun razones para presumir que fue creada por los mismos españoles", de la misma manera que fueron ellos quienes crearon el sinónimo *chapetón*:

Sabiéndose... la antipatía con que los españoles vecinos o radicados⁵² veían a sus paisanos advenedizos y traficantes, hay bastantes datos para presumir que ellos fueron los inventores de la palabra *Gachupin*, sacándola quizá de un disparate, así como nosotros hemos visto inventar la de *Gringo*.

(Ramírez creía, como muchos siguieron creyendo, que la palabra *gringo* nació en México durante la guerra de 1847-1848 con los Estados Unidos: oíamos cantar a los invasores la canción "Green grow the rushes, Oh!", y de ahí, por "disparate", sacamos *gringo*. Él no sabía que *gringo* existía en España, aunque sin la connotación mexicana, ya en el siglo XVIII. Suponía, pues, que algún "disparate" como ése sería el origen de *gachupin*.)

Manuel Orozco y Berra, que conocía la mención de "los Cachupines de Laredo" en el *Quijote* y había leído la anotación respectiva de Clemencín, según el cual éste se hizo una "especie de apellido proverbial con que se tildaba a las personas nuevas que, habiendo adquirido riquezas, se entonaban y preciaban de ilustre prosapia", hace el siguiente razonamiento: en las provincias del norte de España "ha sido muy frecuente" el fenómeno de los india-

⁵¹ Citado por ROBELO, pp. 403-405 (cf. supra, nota 32).

⁵² Se refiere evidentemente a los primeros tiempos, antes de que entraran en escena los criollos (puesto que no los menciona). La idea parece inspirada en el Inca Garcilaso, citado por Ramírez a propósito de *chapetón*. (Cf. supra, nota 28).

nos, los que regresan al terruño después de enriquecerse en América y se dan muchos humos y se hacen casonas ostentosas, etcétera. De esos "abolengos y alcornias de los asturianos y montañeses" se burlaba Cervantes, y lo que éste hizo fue usar el nombre que en la Nueva España se daba a los españoles que pasaban de Europa, aplicándolo a los que regresaban a España de América,⁵³ "y éste puede creerse que es el origen de *los Cachopines de Laredo*". (Razonamiento exactamente inverso del que yo hago en el presente artículo.)

GARCÍA ICAZBALCETA dice muy sobriamente: "Algunos quieren que la palabra [*gachupín*] sea tomada de la lengua mexicana, lo cual no parece fundado"; menciona la etimología del *DRAE* (*cachupín*, del portugués *cachopo* 'niño') y dice que otros la derivan más bien del diminutivo *cachopinho* 'muchachito o rapazuelo'.

Finalmente COROMINAS, s.v. *cacho* I, considera que la acepción 'muchacho' de la palabra portuguesa *cachopo* procede de la acepción 'necio, torpe', y ésta, a su vez, de la acepción 'tronco'.⁵⁴ El *cachupín* americano fue "así llamado por los criollos y por los primeros pobladores por su torpeza e ignorancia" de las cosas del Nuevo Mundo: lo veían como un 'tronco', un 'zoquete', un 'torpe'. "En cuanto a los *Cachopines de Laredo*, citados por Cervantes y otros como prototipo [?] de apellido santanderino. . ., vendrían también, a manera de apodo, del apelativo *cachopo*, y su relación con el mejicano *gachupín* me parece más bien indirecta".

Yo, en cambio, creo que el *gachupín* mexicano nació muy directamente del linaje de *los Cachopines de Laredo*, y así espero haberlo demostrado.

⁵³ Cito a Orozco y Berra a través de ROBERTO, loc. cit. Cf. Lope de Vega, supra, nota 36.

⁵⁴ Como en portugués moderno la acepción más extendida de *cachopo* es 'muchachito' (cf. supra, nota 7), a mí me parece difícil admitir que proceda de la acepción 'necio' y 'torpe' (no es posible que se haya generalizado a tal grado una visión tan "misantropica" de la infancia). Sugiero, con todo respeto, otro camino: lo que hay entre la acepción 'tronco, tocón' y la acepción 'muchachito' es la acepción 'tortulho ou frade antes de desabrochar' (FIGUEIREDO), el 'toconcito' que es el hongo antes de que se le forme su caperuza o sombrero, o sea una promesa de hongo, el hongo haciéndose. La visión (cariñosa) del niño como 'promesa' o 'pedazo de hombre' existe seguramente en todo el mundo. Otra observación. En compañía de *cachopo* hay una multitud de derivados de *cacho* I, como *cacharro* y *cachelo* 'pedazo pequeño' (en el leonés del Bierzo), cuyas terminaciones *-arro* y *-elo* no necesitan explicación, y también *cacherulo/cachirulo* (de acepciones "muy varias"), donde —dice Corominas— "no está clara la explicación del sufijo *-ulo*" (el sufijo, en realidad, sería *-erulo/-irulo*). ¿Y la explicación del sufijo *-opo*?